

## IIº Domingo de Adviento

Dos extraños tuvieron una breve conversación justo antes de que todos bajáramos del avión esta semana. Yo escuché que una mujer le preguntó a un hombre, “¿Usted es de Dallas?” que fue de donde originó el vuelo. “No,” dijo él, “soy de Kansas City,” que es donde acabábamos de aterrizar. “¿Y usted?” él preguntó. Ella respondió “Soy de Kansas City, también. Fui a Dallas para un funeral.” El hombre respondió, “Yo hago este viaje muy frecuente.” Y después se bajaron del avión. Yo inmediatamente pensé que si ella hubiera tenido esta conversación conmigo y hubiera mencionado la palabra “funeral”, mis siguientes palabras hubieran sido, “Lo siento, ¿perdió algún miembro de su familia?” o algo por el estilo. Yo hubiera comentado algo sobre el funeral, no sobre el vuelo.

Por lo menos, pienso que eso hubiera hecho yo. A veces cuando estamos en una conversación, la gente te da una pista de que quieren hablar sobre algo mejor. Trato de estar atento a esas pistas, pero estoy seguro que a veces no las percibo. O sí, las percibo pero no le doy seguimiento porque estoy muy cansado o me preocupa hacia donde se va a dirigir la conversación. Una manera de crecer el amor por alguien es desarrollando la sensibilidad por lo que te están tratando de decir.

San Pablo les dice hoy a los Filipenses que él pide por ellos para “que su amor siga creciendo más y más y se traduzca en un mayor conocimiento y sensibilidad espiritual. Así podrán escoger siempre lo mejor y llegarán limpios e irreprochables al día de la venida de Cristo.” La semana pasada hemos escuchado palabras parecidas a los Tesalonicenses. De nuevo, San Pablo está tratando de ayudar a la comunidad a crecer su amor para que puedan estar irreprochables al regreso de Cristo. En la lectura de hoy San Pablo hace énfasis que el amor crece a través del conocimiento y la sensibilidad espiritual, tomándose el tiempo de escuchar a la persona, escuchando las pistas que te están dando, y respondiendo a sus preocupaciones. El Adviento nos ayuda a prepararnos para lo que nos llama San Pablo “el día de Cristo,” el día en que Cristo vendrá a juzgar, tan cierto como ya vino un día en la carne. Queremos estar irreprochables ese día, y una manera de estarlo es crecer nuestro amor.

El Papa Francisco ha designado el próximo año como el año jubilar especial de la misericordia. Tradicionalmente en la Iglesia Católica tenemos un Año Santo cada 25 años; el último fue en el año 2000. Sin embargo, algunos Papas han declarado años santos adicionales o “extraordinarios”. El Papa Francisco cree que es el momento para que aumentemos la misericordia. Él espera que este año nos ayude a encontrar alternativas a las atrocidades, a la crueldad y la explotación de nuestro mundo de hoy. También espera que este año aumente la ternura, la tolerancia y la paciencia en las relaciones entre individuos. El año santo inicia este Martes que viene, con la Solemnidad de la Inmaculada Concepción - día de precepto. El Martes también se cumple el 50 años desde la clausura del Concilio Vaticano Segundo. El concilio puso a la Iglesia Católica en la posición como pueblo de misericordia. Se puede decir que el concilio trató de cumplir lo que San Pablo esperaba que los Filipenses hicieran, que aumentarían el amor a través de las virtudes del conocimiento y la sensibilidad espiritual.

A medida que continuamos la preparación en este tiempo de Adviento, busquemos maneras de ser más amorosos con los que nos rodean, especialmente en nuestros hogares, en la escuela, en el trabajo, y en las calles. Escuchemos las pistas que nos dicen lo que es importante para los demás, y ayudemos a que experimenten la misericordia, para que podamos estar irreprochables el día de Cristo.